

halla en la exactitud del diagnóstico, sino en la confianza que entregó en esos jóvenes que debían superar, con espíritu crítico y esperanzado, las vicisitudes puestas en el camino por los escombros del pasado.

JERÓNIMO CARRANZA



Cartilla para bachilleres

**Estudios críticos sobre la novela
colombiana 1990-2004**

Álvaro Pineda Botero

Fondo Editorial Universidad Eafit,
Colección Krenes, Medellín, 2005,
417 págs.

La primera sensación que tuve al revisar los *Estudios críticos sobre la novela colombiana* fue la de haber tenido la mala suerte de recibir uno de aquellos ejemplares cuya carátula no concuerda, por defecto de encuadernación, con el cuerpo del libro, ya que no encontré en su interior más que textos liminares sobre una cantidad de novelas, algunas de poca importancia dentro de la literatura colombiana. Anunciarse, por ejemplo, que el libro era el resultado de una ardua investigación encargada por los editores “con el propósito de participar en el debate crítico sobre la literatura colombiana”, me pareció aún más extraño dado que una parte considerable del libro estaba dedicada a ‘novelas’ de la editorial universitaria que había propiciado semejante empresa. Sin pecar de intolerante, asumo que el pomposo título de *Estudios críticos* no concuerda con los desobligantes ensayos que su autor, Álvaro Pineda Botero (Medellín, 1942), desarrolla como si se tratase de algún manual literario para bachilleres, que de seguro también se convertiría en importante ensayo para el más desorientado de los lectores. Cada ensayo no es más que el resumen de una fracción de las novelas editadas en el país entre 1990 y 1994,

en un libro que da continuidad a dos compilados anteriores (*Estudios críticos sobre la novela colombiana, 1650-1931* y *Juicios de residencia. Novela colombiana, 1934-1985*) y que incluye, a guisa de guía académica, una bibliografía de la novela colombiana con los tres periodos examinados por el autor, pesquisas más documentativas que críticas cuya utilidad no pasa de servir como reseña editorial sin llegar a proponernos un corpus crítico de la novela colombiana que justifique tan pretencioso título. Ahora bien, dado que Pineda Botero utiliza las mismas manidas fórmulas para sus análisis, no habrá ningún problema en evitar el grueso de cada ensayo, la explicación detallada, o más bien el resumen, de cada argumento e historia con algunas referencias formales, inherentes al desarrollo y veracidad de las obras en cuestión. Un lacónico *Esta novela de fulano de tal...* da inicio a la mayoría de los textos, luego cada lectura es un abre bocas con demasiadas pistas, con las que prácticamente se nos cuenta todo. Por último, al entrar en análisis críticos, la diplomacia le puede más que la estética.

Pineda Botero tiene a bien rodearse de nombres conocidos, autores casi desconocidos y otros que hasta el sol de hoy no se han visto por las librerías. Puede decirse en este caso que al reunirse en un volumen ‘algo’ de la novelística colombiana actual, es inevitable acudir a toda clase de autores: inéditos, buenos, malos y/o famosos, de bajo perfil, fuera de concurso, novísimos o, simplemente, vecinos suyos que merecían ser mencionados. Aquí van para que se me entienda: Óscar Castro García, Emma Lucía Ardila, Mario Escobar Velásquez, Octavio Escobar Giraldo, Consuelo Triviño, María Cristina Restrepo, Fernando Lleras de la Fuente, Piedad Bonnett, Jaime Alejandro Rodríguez, César Alzate Vargas, Eduardo Zalamea Borda, Alberto Dow, Evelio José Rosero, Fanny Buitrago, Jaime Restrepo Cuartas, Héctor Abad Faciolince, Andrés Hoyos, José Libardo Porras, José Ignacio Murillo, Juan Diego Mejía, Álvaro Gómez Monedero,

Juan Manuel Silva, Boris Salazar, Carlos Luis Torres, Álvaro Miranda, Roberto Urdaneta Gómez, Ramón Illán Bacca, Próspero Morales Pradilla, Rafael Chaparro Madiero, Álvaro Mutis, Germán Espinosa, R. H. Moreno-Durán, Ricardo Cano Gaviria, Darío Jaramillo Agudelo, Fernando Vallejo, Julio Paredes, Roberto Burgos Cantor, Laura Restrepo, Jorge Franco, Óscar Collazos, Santiago Gamboa y Fernando Cruz Kronfly.



Para entrar en materia, he de consignar aquí algunas anotaciones de Pineda Botero que me resultaron extrañas, dado que no hay tras ellas un porqué, una explicación que les sostenga. Luego de contarnos con detalle la novela *La risa del cuervo* de Álvaro Miranda —a quien incluso se le ha conocido en los pequeños grupos literarios no como novelista sino como poeta—, Pineda Botero dedica apenas un párrafo a una conclusión sin conclusión, destaca el uso metaficcional, habla de la novela como magistral y termina su alegoría con una escueta frase: “No es una novela para ser explicada sino para ser sentida” (pág. 79). Más adelante, al hablar de *Opio en las nubes*, Pineda Botero recorre las páginas de la novela describiendo y lanzando algunos conceptos algo veraces sobre el uso de lo poético y la transgresión del lenguaje y las estructuras, aunque termine por evangelizar —quizás sea difícil distanciarse de sí mismo para no objetar el discurso por su “falta de valores trascendentes”— al cerrar su comentario:

Opio en las nubes requiere, pues, un lector que acepte el juego que se le propone, que no busque coherencia en la trama o en las ca-

racterizaciones, que no crea en la moral o en las instituciones, que no piensa que todo pasado fue mejor o que el mundo puede mejorar y, sobre todo, que no sienta la necesidad de darle sentido a la vida. [pág. 90]

Pineda Botero reconstruye el sentido de algunas novelas para indagar un poco más a fondo en los elementos metaficcionales y metahistóricos que las componen. En esta medida, sus argucias críticas son comprobables y asibles al trabajo académico que pretende, sólo que algunas conclusiones son monótonas y no dejan gran cosa al lector. Explicar con detalle cada episodio de una novela, enseñarnos que es realista o histórica cuando ya se han puesto sobre la mesa los elementos constitutivos y el argumento entero, no parece dejarnos más de lo que ya ha hecho. Más adelante, no deja de mostrarse como un moralista en sus exámenes, se torna algo truculento al 'criticar' novelas como *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, salvando su estructura lingüística por encima de un argumento que descalifica por su agresividad, dado que "la humanidad siempre ha necesitado del sensacionalismo y el escándalo" (pág. 115).



No es necesario entrar en detalle sobre muchas de estas novelas en las que se repite el mismo proceso para su examen. Hay, como dije, una síntesis de lo que ocurre —algo así como revelarnos en medio de un in-

tenso thriller que, en efecto, el asesino es el mayordomo—, uno que otro polo a tierra en su contexto espacio-temporal y, finalmente, alguna frase muy suya, algo que nos deja en mitad de la nada. En el texto sobre la novela *Maracas en la ópera* de Ramón Illán Bacca, luego de examinar de forma capitular el escenario, algunos rasgos del personaje, el hilo narrativo, la estructura y el contexto histórico de una novela que se desarrolla, a "ritmo saltarín" desde aproximadamente 1880 hasta nuestros días, Pineda Botero concluye su 'estudio crítico' con este párrafo:

Una vez terminada la lectura de esta magnífica novela sobre Barranquilla me queda espacio para una reflexión sobre Colombia: ¿Cuándo lograremos los colombianos la tesitura natural de nuestra expresión? ¿Cuándo estaremos participando con voz propia en el concierto global? [pág. 146]

Vale la pena que este libro forme parte de las bibliotecas escolares, no de las universitarias. En cada ensayo hay la secreta intención de dejarnos sin lectura. Acaso el sólo resumen nos sirva para dar cuenta de "una literatura regional que participa de la gran literatura universal", y poder pasar por alto la engorrosa tarea de leer a tantos otros novelistas que Pineda Botero estima conveniente examinar. Al final del libro, en el anexo bibliográfico que se dice completo, aparecen algunas novelas más que por alguna razón no fueron incluidas en este volumen y que por su fecha de publicación merecían formar parte del estudio, eso sin contar los escritores que no aparecen por ningún lado y que resultan incluso de más valor que buena parte de los que fueron incluidos: Marco Tulio Aguilera Garramuño, Juan Manuel Roca, Ricardo Silva Romero o Alfonso Sánchez Baute, por ejemplo.

Otras reseñas no dejan absolutamente nada. *Angosta*, de Héctor Abad Faciolince, parece abreviada, casi una de esas cartillas que convierten un libro cualquiera en un triste pasquín de diez páginas. No sólo re-

sulta desastroso el evitar los comentarios realmente críticos en novelas que lo merecen sino que además hacen falta comentarios de obras que rebasan en importancia a las comentadas. Dos novelas de Evelio José Rosero y ni una sola de Mario Mendoza de quien tanto se ha hablado en el país últimamente. Germán Espinosa ha escrito en el periodo 1990-2000 otras novelas que han tenido igualmente repercusión en la literatura colombiana, *La balada del pajarillo* o *Rubén Darío y la sacerdotisa de Amón*. ¿Dónde están sus correspondientes textos críticos? ¿En otro volumen, acaso?

Pineda Botero sabe a lo que se enfrenta. Ha reunido una cantidad de comentarios bibliográficos en espera de que quizá estos prevalezcan más allá de su simple escritura. El problema es el no haber reestructurado el cuerpo del libro para que éste tuviese un uso más integral. Ha sido un lector constante de narrativa y al entrar en materia lo hace de forma acertada, con miramientos lingüísticos, de forma y estructura, sabiendo dónde se extralimita un lenguaje y dónde se rompe para dar lugar a otras metaestructuras. Ello se hace visible en sus textos, dado que ha pasado revista a la literatura colombiana desde sus inicios y entiende cómo una literatura que se dice contemporánea ha de responder a los retos de su época. Falta un distanciamiento moral, una nueva versión del libro sin tantas novelas desconocidas, un cuerpo temático y una revisión más agresiva de la literatura colombiana para merecer un lugar dentro de los estudios críticos que se vienen escribiendo en el país. El otro problema que veo en el libro de Pineda Botero es precisamente el de haber sido escrito exclusivamente por Pineda Botero. Para este tipo de estudios resulta conveniente compilar textos críticos de varios autores con el ánimo de hacerse a una visión un poco más amplia de la literatura en cuestión. Nuestro autor repite su discurso, cambiando de novela, pero manteniendo un tono que aburre. Un libro que recoja críticas de diversa índole y proceden-

cia remediaría este problema, algo más acorde con el bien académico que se desea sacar de las obras de este tipo.

Fuera de esto, *Estudios críticos sobre la novela colombiana* precisaría de un nuevo editor, alguien que al encomendar tareas como ésta tenga en cuenta el no permitirse hacer tanta divulgación de sus propios libros, dar paso a otros sellos editoriales y proponerse el ser lo suficientemente autocrítico con obras cuyo valor sólo será dado por un examen más justo y desenfadado. Reiniciar la búsqueda e indagar por un norte más adecuado.

CARLOS ANDRÉS
ALMEYDA GÓMEZ

⊗ ¡Un millón de ejemplares!

**Simón Latino y la librería
La Gran Colombia,
patrimonio cultural de Bogotá**
Albio Martínez Simanca
Alcaldía Mayor de Bogotá,
Instituto Distrital de Cultura
y Turismo, Bogotá, 2004, 201 págs.

Simón Latino y la librería La Gran Colombia, patrimonio cultural de Bogotá, es el título del libro con el que el profesor e investigador Albio Martínez Simanca ganó el Premio Nacional de Ensayo Literario Hernando Téllez en su edición 2004, premio convocado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

En medio de semejante título dos preguntas resaltan automáticas, algo obvias, algo ávidas, nada inútiles: ¿quién fue Simón Latino? ¿Qué fue la librería La Gran Colombia?

Reconozco que semejantes preguntas nacen de mi ignorancia, aunque también, porqué no, de una cierta irresponsabilidad generacional. Nada de nervios. Tampoco es como para que nos sintamos enfermizamente culpables. Como el mismo autor anota en la presentación

introdutoria al libro (pág. 12), la vida, o mejor el legado cultural de Simón Latino, nombre de pluma del jurista Carlos H. Pareja Gamboa, ha sido flagrantemente olvidado. Más que olvidado, discreta y educadamente dejado a un lado, un gesto recurrente en estos países de ídolos-de-seis-meses y en estas generaciones recientes entregadas con orgullo a la ignorancia como prueba de su sospechosa liberalidad.



Carlos Henrique Pareja nació en Sincé (hoy Sucre), antiguo departamento de Bolívar, en 1898, en una familia de filiación liberal, bajo la estela de un abuelo masón y ex ministro de Obras Públicas en el gobierno de Carlos E. Restrepo. Estudió Medicina en Cartagena y un tiempo después, en 1924, se trasladó a Bogotá, en donde terminó estudios en Derecho. Además de haber escrito uno de los primeros tratados de Derecho Administrativo en Colombia, Simón Latino escribió, en 1933, una de las primeras aproximaciones reflexivas al derecho soviético e introdujo al debate jurídico del país nociones como la del derecho obrero. En 1930 publicó su segundo poemario, *Canciones humildes. Versos pasados de moda*, con un tiraje efectivamente humilde de cien ejemplares. De ese mismo año data otro extraño y sorprendente texto: *Vida de Bolívar: para los niños*, un libro que, producto de su tono directo, sencillo y nada temeroso de enfrentar a sus lectores con la sanguinaria historia patria, ameri-

taría otras cuatro cuartillas; un libro convertido en referencia obligada en eso que se entiende como nuestra tradición de literatura infantil. En 1942 fundó una idea materializada como librería-editorial: La Gran Colombia, que hasta el final de sus días, en 1986, se ubicó en la carrera séptima a la altura de la calle 18.

Y paro aquí estas pinceladas biográficas, no porque ya no quede qué contar sino más bien para poder cerrar esta sección con lo que, tras mi lectura del libro de Martínez Simanca, me resultó más actual, más urgente de gritar: dicho proyecto editorial orientado desde la librería La Gran Colombia, tuvo como bandera principal una colección popular de cuadernillos de poesía hispanoamericana titulada *Los mejores versos*. Para expertos en la materia, como Harold Alvarado Tenorio, se trató del más ambicioso proyecto de difusión de la poesía en castellano que se hubiera hecho desde Bogotá. Por allí pasaron poetas como Barba Jacob y García Lorca, pero también apuestas en ese momento menos visibles como las de Alfonsina Storni y Meira Delmar. La colección, preparada por un lector (o ustedes, incrédulos editores), llegó a publicar, en sus veinte años de existencia (1943-1963), más de un millón de ejemplares.

La vida de Simón Latino se debatió entre dos corrientes: su pasión por la literatura y en particular por la poesía, y sus investigaciones y reflexiones en el campo jurídico. Una combinación no demasiado sorprendente de no ser porque contiene algo de imprecisión. Si en algo se destaca el esfuerzo de reconstrucción biográfica realizado por Albio Martínez, es en la facilidad y soltura con que entiende y expone la conciliación humanista con que Simón Latino orientó estas pasiones que fueron su vida. En otras palabras, no se trató nunca de un debate como de un juego que exigía la amplitud de perspectivas. Las anécdotas que ayudan a entender su perfil contestatario y rebelde, se las arreglan al tiempo para mostrarnos a un hombre convencido del valor de lo institu-